

*Archivo del general Porfirio Díaz
Memorias y documentos. Tomo II*

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

372 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz02.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LXVII

M I A H U A T L A N

3 de octubre de 1866

Vuelto a mi campamento de Tecomatlán, emprendí otra vez la marcha por el rumbo de las Andallas, mandando a mi hermano por la vía más corta a colocarse al norte de la ciudad de Oaxaca, apoyándose en la sierra de San Felipe del Agua, con orden de amagar seriamente la plaza si el enemigo la debilitaba sacando alguna tropa en mi persecución, y ofreciéndole que yo haría una cosa semejante por el sur, en los casos en que él fuera perseguido por el enemigo, porque si no le era posible en esas acometidas tomar la ciudad, a lo menos serviría para distraer a la columna que me persiguiera y viceversa.

En cumplimiento de esta combinación hice mi marcha de las Andallas a Peras y de Peras a Huajolotitlán, llegando hasta Zimatlán. Pernocté en ese pueblo y supe que una fuerte columna mandada por el general Oronoz, salía en mi persecución.

Evadiendo el choque del enemigo me dirigí a Ejutla y allí permanecí hasta que Oronoz se movió de Zimatlán y entonces ocupé Miahuatlán. Permaneció el enemigo dos o tres días en Ejutla, y yo en Miahuatlán.

El 3 de octubre de 1866 mis vigías que se habían descuidado, vinieron a avisarme que el enemigo se movía sobre mí, y cuando me lo decían casi estaba el enemigo a la vista, a lo menos así se comprendía por el polvo que levantaba en su marcha.

Yo había mandado limpiar las armas para pasar revista de comisario, que debía tener lugar en la tarde de ese día, y con ese motivo aun quedaban muchos fusiles desarmados. Mandé que violentamente se armaran, que la tropa se pusiera en estado de recibir órdenes y que se cargaran las mulas con los bagajes, y que cuando todo esto estuviera hecho el coronel González emprendiera su marcha, con toda la infantería por el

camino de Cuixtla, que es montañoso, desde la salida de Miahuatlán. Yo con mi numeroso Estado Mayor y mi escolta como de treinta hombres de caballería, marché hacia el camino que traía el enemigo, dejando ordenado que luego que estuviera ensillada y lista la caballería siguiera mi movimiento, y que recibiría órdenes al incorporármese. El general don Vicente Ramos mandaba la caballería que constaría de unos 280 caballos.

Seguí yo mi marcha hasta una colina que parte por la mitad la carretera para Oaxaca y que distará como un kilómetro de la plaza de Miahuatlán. Mi escolta y ayudantes fueron colocados en línea de tiradores sobre la cumbre de la colina; y como el enemigo no podía ver lo que había detrás de ella, creyó que allí había fuerza con quien tenía que combatir, hizo alto y montó sus obuses de montaña que venían a lomo de mulas. En esos momentos aparecía la columna de caballería saliendo por una de las calles principales del pueblo a incorporármese, y en este instante la vió bien el enemigo aunque la perdía de vista a proporción que se acercaba a la colina. Con muy poca diferencia comenzó a salir por el camino de Cuixtla la infantería que mandaba el coronel González. El enemigo naturalmente creyó entonces que se trataba de una retirada y que mi presencia, cortando el camino, no tenía más objeto que dar tiempo a la infantería para que se alejara de aquel lugar. En consecuencia reunió su caballería que había colocado a los dos costados de la infantería y comprendiendo yo que iba a darme una carga decisiva, ordené al general Ramos que por la misma calle por donde había venido volviera a la plaza y saliera a juntarse con el coronel González que debía esperar en la loma por la que iba desfilando. Toqué alto frente al coronel González y destaqué un ayudante con orden de traerme cincuenta hombres de infantería de los que por no haber ascendido a la colina no estaban a la vista del enemigo, y que los condujera por dentro de la barranca, a fin de que pudieran llegar cerca del camposanto del pueblo, sin que el enemigo los viera.

Al ordenar al general Ramos que se retirara con su caballería cuando fuera atacada por el enemigo, no tuve el tiempo bastante para hacerle explicaciones detalladas, ni tenía él por su parte la educación militar suficiente para comprender y ejecutar mi orden, dada en pocas palabras; y temiendo yo que no la cumpliera exactamente, encomendé al coronel Espinosa y Gorostiza que quedara con Ramos, para explicársela y cui-

dar de su exacta ejecución; diciéndole al retirarme, que Espinosa conocía mejor mi propósito y le diría lo que debería hacerse.

Apenas había yo dado algunos pasos, cuando Ramos manifestó al coronel Espinosa su propósito de defenderse, diciéndole que él no sabía retirarse sin pelear, porque no era cobarde. Espinosa le repuso que mi propósito era pelear, y que para lograrlo con buen éxito era indispensable que él cumpliera exactamente con la orden que yo le había dado, y merced a su explicación se ejecutó ésta.

En el movimiento de retroceso del general Ramos le incorporé mi escolta y mi Estado Mayor y me quedé sólo con un clarín en una de las bocacalles del pueblo por donde tenía que pasar mi caballería y en seguida la del enemigo.

La caballería enemiga cargó resueltamente sobre la mía en su retirada y cuando pasaron por donde yo estaba, y cuando ya comenzaba a hacer uso hasta de arma blanca contra los soldados de retaguardia, apareció en momentos oportunos una partida de paisanos de Miahuatlán armados y organizados por su cuenta, que sin que yo tuviera antecedentes ni noticia de ello, dentro de un sembrado y a la izquierda del enemigo, le hacían fuego casi a quemarropa.

Yo había colocado los 50 hombres que pedí al coronel González y que eran tiradores de la montaña, emboscados dentro de la milpa y muy cerca de la calle por donde debía pasar el enemigo. En consecuencia, al aparecer la caballería enemiga y comenzar a recibir los fuegos de los paisanos le hizo un fuego nutrido la infantería que yo había emboscado y así pudo salir nuestra caballería y atravesar la población para unirse al coronel González.

La caballería de Ramos fué casi alcanzada por la del enemigo y habría sido enteramente destruída, porque su número era mayor, si no hubiera sido por la circunstancia de que los cincuenta hombres de la columna del coronel González que aposté dentro de un sembrado de maíz, les hizo un fuego muy certero y casi a quemarropa, a la vez que los paisanos armados de Miahuatlán hicieron otro tanto, del otro lado de la calle principal que era la que traía la caballería enemiga, lo cual la desorganizó y la obligó a regresar a galope.

La caballería enemiga volvió a incorporarse con la infantería que formaba en batalla cerca del camposanto, haciendo frente al coronel González con la barranca de por medio.

Los paisanos de Miahuatlán fueron rechazados al centro de la población con muchas pérdidas porque eran muy atrevidos y estaban muy ebrios. Los tiradores montañeses habían quedado ocultos dentro del maíz y buscando yo paso a la barranca, me incorporé al coronel González en el momento en que el enemigo desplegaba en cadena de tiradores, un batallón que mandaba el teniente coronel Pedro Garay, y formaba en columnas paralelas el resto de su infantería con su caballería a retaguardia.

Una vez incorporado con el coronel González, mandé que la caballería tomara distancia como para cubrirse de los fuegos del enemigo, y como todos estábamos en la cima de la colina a pocos pasos la caballería quedaba fuera de la vista del enemigo.

Esa colina da una vuelta en forma de semicírculo, por el lado que en esos momentos era izquierda nuestra y derecha del enemigo y atrás de la colina, en la depresión, hay un pequeño arroyo. Di orden al general Ramos para que hiciera un movimiento de medio kilómetro, por todo el lecho del arroyo, para no levantar polvo, lo cual era bastante para quedar oculto y a espaldas del enemigo. Las líneas de tiradores enemigos nos hicieron un fuego muy nutrido que las nuestras no podían contestar, porque apenas tenían cuatro o cinco cartuchos disponibles; y cuando noté que nuestros fuegos estaban completamente apagados y comprendí la causa, reforcé nuestra cadena con algunos soldados que fueran a intercalarse en ella para refrendar el fuego durante algunos momentos.

Había yo dado orden al general Ramos de cargar sin reserva y con vigor sobre el enemigo en los momentos que yo le tocara tres puntos agudos después de atención, y al capitán Rojas que mandaba los tiradores ocultos en el maíz, que a la misma señal rompieran fuego vivo sobre el enemigo, aproximándose hasta la orilla del plantío y sin salir de él para que no se notara lo reducido de su número. Como no teníamos municiones con que sostener un combate regular, mandé a la infantería descender a la barranca, pasar el arroyo y batir al enemigo en la ribera opuesta, y en esos momentos di la señal que servía tanto para la caballería, como para los tiradores escondidos.

Al notar el enemigo nuestro brusco movimiento, nos lanzó su caballería que fué inmediatamente arrollada y con el impulso de su propia caballería derrotada, se desorganizó su infantería, y se volcaron sus cañones, a la sazón que la nuestra cargaba al sable por la espalda, comenzando por apoderarse de todos los caballos de la oficialidad y cargamento de

municiones que habían quedado a retaguardia.

Sin gran dificultad recogí toda la infantería del enemigo que después de haber tirado sus armas corría en desorden por toda la llanura y con mi caballería hice a la enemiga una persecución de más de tres leguas, de donde regresé entre nueve y diez de la noche y la pasé toda en recoger heridos y armas, dejando para el día siguiente la operación de recoger muertos.

El general Oronoz había huído con varios de sus jefes y oficiales, quedando en el campo el jefe francés Enrique Testard, que mandaba un batallón de fuerzas mexicanas, cuya oficialidad era exclusivamente de franceses, teniendo todas sus clases de sargentos, cabos y algunos soldados del personal de soldados franceses cumplidos, que habían enganchado en México.

La mayor parte de los muertos eran oficiales franceses, puesto que habiendo perdido sus caballos, no pudieron huir, como lo hizo su general de jefe.

Los decretos y órdenes del Gobierno federal contenían el precepto más terminante de ejecutar a todos los mexicanos que fueran aprehendidos con las armas en la mano, sirviendo al invasor extranjero, y aunque estas órdenes por su rigor no llegaron a ejecutarse por lo que hacía a los soldados rasos y oficiales de inferior categoría, por regla general se cumplían con los jefes y oficiales de mayor graduación, cuando se les capturaba como aliados del invasor extranjero y en armas contra su país. Nos veíamos también obligados, hasta cierto punto, a proceder así, por vía de represalia, pues el enemigo mataba a nuestros jefes, sin embargo de que peleaban por la independencia de su patria.

Además en algunas circunstancias era absolutamente necesario proceder con todo ese rigor, porque desgraciadamente el corazón humano se guía del miedo más que de otros sentimientos, y cuando era preciso influir eficazmente en el ánimo del enemigo para desmoralizarlo, se hacían indispensables actos ejemplares de rigor y energía, aun cuando después tuvieran que lamentarse.

No se puede juzgar de sucesos pasados sino colocándose en la situación que guardaban las cosas cuando ellos tuvieron lugar, y esto no es fácil hacerlo cuando han pasado muchos años y todo ha vuelto a su estado regular y normal.

He expresado aquí, aunque muy sucintamente, las causas que me determinaron a ordenar algunas veces la ejecución de los jefes mexicanos

tomados prisioneros, para no tener que repetirlo al hablar del fusilamiento de algunos de los prisioneros de Puebla y otras batallas subsecuentes.

Por las razones que dejo apuntadas, mandé fusilar al día siguiente de la batalla de Miahuatlán, a 22 de los jefes y oficiales que hicimos prisioneros, especialmente de los que antes habían peleado del lado del Gobierno Nacional, a quienes se les consideraba doblemente traidores, por haber abandonado sus filas y unídose al invasor extranjero. No fué ejecutado ninguno de los jefes y oficiales extranjeros capturados en esa jornada ni en las siguientes hasta el término de la guerra por la ocupación de la capital, pues aunque los considerábamos invasores, no tenían la mancha de traidores. Los oficiales franceses capturados en Miahuatlán fueron enviados a la sierra de Oaxaca para su custodia y para que no interrumpieran las operaciones militares, habiéndolos canjeado más tarde, cuando tomé a Oaxaca.

Ocurrió después de la batalla de Miahuatlán un incidente deplorable, que me ha apenado profundamente y que fué cometido en un primer impulso, sin la meditación debida, y que he lamentado mucho. Entre los prisioneros capturados al enemigo estaba el capitán Manuel Alvarez, el mismo a quien había yo dispensado toda mi amistad y mi confianza, pues lo había tenido como ayudante durante el sitio de Oaxaca por los franceses a las órdenes del Mariscal Bazaine, y quien antes de la toma de la plaza, se había pasado al enemigo. Cuando me lo llevaron prisionero, sobre el campo, sólo recordé la ingratitud de su pasada conducta, me indigné grandemente y arremetiéndole mi caballo, le descargué un golpe con mi sable que tenía desnudo en la mano, cayendo sobre él en el acto las lanzas y sables de mi escolta, y quedó muerto. No obstante que yo habría mandado fusilar a Alvarez, como mandé fusilar al día siguiente a todos los oficiales prisioneros traidores, el hecho de haberle inferido personalmente la primera lesión, me apena y amarga constantemente; y como mi pena más grande, cualesquiera que sean las que llegue a expiar por esa incorrección, será la censura de los hombres superiores que conozcan el hecho, no la quiero eludir, ni tampoco aun la de hombres tan débiles como yo, o que no sepan apreciar todas las circunstancias que produjeron mi impresión decisiva, porque esa censura es mía también, por más que ella no sea justa.

El botín consistió en cosa de mil fusiles poco más o menos, dos obuses de montaña, cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de infantería y de artillería.

Teniendo en cuenta la desigualdad de nuestros elementos, pues yo apenas contaba con cosa de 700 hombres mal armados, desnudos, sin disciplina y con parque que no alcanzaba para sostener el fuego ni por quince minutos, y sin artillería, mientras que el enemigo tenía 1,400 hombres bien organizados, disciplinados, vestidos, armados y elementos de todo género, considero la victoria de Miahuatlán como la batalla más estratégica de las que sostuve durante la guerra de intervención y la más fructuosa en sus resultados, pues ella me abrió las puertas de las ciudades de Oaxaca, Puebla y México.

El día siguiente, 4 de octubre, lo pasé en dar colocación a los prisioneros en los cuadros de batallones que yo había formado, en establecer un hospital que pude organizar, debido a la incorporación del doctor don Antonio Salinas, que me prestó en su profesión importantes servicios.

Pasó en esta batalla otro incidente que creo deber mencionar. La reputación de cobardía que se había dado al coronel don Juan Espinosa y Gorostiza, por su comportamiento en la acción de San Antonio Nahuatipam, lo tenía grandemente sobrecitado, con tanta mayor razón cuanto que esa imputación no era fundada, pues en efecto, peleó con mucho denuedo así en Miahuatlán como en la Carbonera, y principalmente en la primera de esas batallas. Durante ésta estuvo siempre cerca de mí, y con frecuencia me decía: "fíjese usted en mí, mi general, y no dé oídos a lo que le cuenten; no soy cobarde". En efecto, fué uno de los jefes que pelearon con más valor y sangre fría en ese reñido combate.

Inserto en seguida el parte oficial de la batalla de Miahuatlán dirigido el 6 de octubre de 1866 al Ministro de Guerra y Marina, suprimiendo los estados anexos al mismo.

'Ejército Republicano (a).—Línea de Oriente —General en Jefe— Ciudadano Ministro: Después del combate con los húngaros en No-

a) Este parte fué comunicado oficialmente por nuestro ministro en Washington, en nota de 20 de noviembre de 1866, al secretario de Estado de los Estados Unidos de América y transmitido por el presidente a la Cámara de Diputados del Congreso de aquel país, con su mensaje de 29 de enero de 1867 y publicado por acuerdo de la misma Cámara.

(Documento del Ejecutivo Núm. 76, del segundo período de sesiones de la Cámara de Diputados del 39º Congreso de los Estados Unidos, Pág. 304.)

Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera. 1860-1867. Nota Núm. 760. Vol. VIII. Pág. 580.

chistlán el 23 de septiembre, de cuyo hecho tiene usted conocimiento, marché con las fuerzas de mi mando para este punto por Teozacoalco y Peras; luego que el movimiento fué sentido en Oaxaca, se me destacó una columna de 1,100 hombres de las tres armas a las órdenes de Oronoz, que tuve a la vista el 3 del corriente a las tres y media de la tarde. El enemigo marchaba rápidamente y en tal virtud salí con mi escolta, que fué la primera fuerza que estuvo disponible, a contenerlo, entretanto el general Vicente Ramos, con toda nuestra caballería se me presentaba en cumplimiento de la orden que había recibido; pocos momentos después se me presentó y ordenándole que detuviese al enemigo el mayor tiempo posible, pasé a situar la infantería en las lomas, al oeste de esta villa, llamadas de los Nogales, con frente al este; antes había mandado la orden al ciudadano coronel Manuel González, jefe de infantería, para que las ocupara, y en tal virtud, cuando llegué, sólo tuve que hacer ligeras rectificaciones en la línea y situar mi escaso parque, quedando en la forma siguiente: la línea de batalla se prolongaba de sur a norte, hallándose a la derecha el batallón Morelos de Tlapa, con 100 hombres de fuerza a las órdenes del ciudadano teniente coronel Juan J. Cano, seguía tiradores de la Montaña a las órdenes del comandante Felipe Cruz, con 230 plazas, no todas armadas, y cerraba la izquierda el batallón La Patria con 96 plazas, su jefe el coronel Segura y Guzmán. Apoyaba la derecha la Compañía de Chiautla de 80 plazas, en columna, y la izquierda el batallón Fieles de la Patria en la misma formación, a las órdenes de su comandante ciudadano José Guillermo Carbó. Cuando la línea se encontró establecida, el general Ramos, cumpliendo mi orden, se retiraba por el centro de esta villa, dejando en sus calles un pelotón de 30 vecinos armados, a las órdenes del capitán Apolinar García.

“Para impedir que la caballería fuese molestada en su retirada, mandé ocultar en las milpas que formaban las primeras calles de la población, una compañía de 40 hombres de los Tiradores de la Montaña, que obrando en combinación con los vecinos armados, hizo retroceder al enemigo en la persecución, que muy de cerca hacía a nuestra caballería: ésta pasó por el costado derecho a situarse a retaguardia de la línea, y entonces el enemigo hizo un cambio sobre su derecha, quedando por este



MARISCAL BAZAINE, JEFE DE LAS FUERZAS FRANCESAS DE INVASION.

UNAM

motivo frente a frente de mi línea de batalla, se formó en tres columnas destacando una fuerte línea de tiradores que abrieron el combate y rompiendo sus fuegos de artillería sobre nuestras posiciones, dió principio a la batalla. Nuestros tiradores sostuvieron valientemente el primer impulso del enemigo, que contenido en su avance, se vió obligado a detenerse, aprovechando los accidentes del terreno para continuar el combate.

“Visto el gran número de tiradores del enemigo, reforcé los de mi línea con el resto de la compañía de Chiautla, de la cual una parte estaba ya en combate, 20 hombres del batallón Morelos, de Tlapa y mandé tomase el mando de todos ellos el jefe de mi Estado Mayor el ciudadano coronel Juan Espinosa y Gorostiza.

“El combate se hizo general en toda la línea, y nuestras municiones se iban agotando rápidamente, lo que me decidió a dar una carga sobre las posiciones del enemigo, y terminar a nuestro favor, por el valor de nuestros soldados, un hecho de armas que de otra manera nos hubiera sido adverso, por la escasez completa de municiones.

“Tomada esta resolución ordené que los tiradores pasasen el río que formaba la parte divisoria de nuestras respectivas posiciones. Organicé el resto de mis fuerzas en columnas y ordené al ciudadano general Ramos que él en persona con el escuadrón de Tepeji avanzase por nuestra izquierda a tomar la retaguardia de las posiciones de Oronoz, adelantando nuestro costado derecho al mismo tiempo que el centro, y apoyando el movimiento del escuadrón de Tepeji con las tropas que formaban nuestra izquierda, de tal manera que quedasen envueltas las posiciones del enemigo en el ataque general.

“Tomadas estas disposiciones di la señal de avance, poniéndome a la cabeza de una columna formada por el batallón Fieles y el escuadrón Lanceros de Puebla cuya columna cargó por el centro sobre la artillería enemiga, protegiendo la carga, las fuerzas que vinieron a unírseme ya sobre la línea de batalla del enemigo.

“La dirección del ataque por la derecha fué confiada al ciudadano coronel González con las tropas que cerraban este flanco, donde se encontraba también mi ayudante, ciudadano comandante Juan de la Luz Enríquez.

“Nuestras tropas, venciendo todos los obstáculos, subieron hasta las posiciones ocupadas por el enemigo, y arrojándole, se apoderaron de su artillería, poniéndolo en dispersión y asegurando una cara, pero completa victoria.

“La columna de caballería que a las órdenes del ciudadano general Ramos marchó a tomar la retaguardia del enemigo, ejecutó su movimiento con tan buen éxito, que en el momento que éste era destruído sobre su línea, ella, cortando las cargas, cargaba de revés sobre los dispersos, destruyendo los pequeños grupos que aún permanecían unidos e impidiendo toda reunión.

“Los dispersos fueron perseguidos por espacio de tres leguas y en su fuga dejaban tirada multitud de armamento, cuyo número verá usted por la relación adjunta, lo mismo que la de muertos, heridos y prisioneros, así como la de municiones, efectos y acémilas quitadas al enemigo.

“Me es satisfactorio manifestar a usted que la conducta que observaron en esta jornada los jefes, oficiales y tropa, es de tal manera honrosa, que no permite hacer recomendaciones especiales.

“Los oficiales traidores hechos prisioneros fueron pasados por las armas, conforme a la ley de 25 de enero de 1862, y de sus nombres y empleos adjunto a usted relación por separado, advirtiéndole que algunos de ellos fueron de los que se pasaron al enemigo en el último sitio de Oaxaca.

“Los días 4 y 5 de este mes los he pasado en esta plaza reorganizando mis batallones, en los cuales he refundido a los prisioneros de la clase de tropa, cambiando una gran parte del armamento por el que dejó el enemigo, revisando y separando en lo posible las municiones quitadas también a éste, y estableciendo el hospital; por fin ayer casi en la noche he pasado mi revista de guerra, y hoy marchó para Oaxaca; cuya plaza ha sido ocupada por el ciudadano coronel Félix Díaz reduciéndose el enemigo a Santo Domingo, el Carmen y Cerro de la Soledad.

“A dicha plaza deben concurrir, según mis órdenes, el general Luis P. Figueroa con su brigada, y el coronel Manuel López Orozco con las fuerzas de Costa Chica. Independencia y Libertad.—Miahuatlán, octubre 6 de 1866.—*Porfirio Díaz*.—Ciudadano General Ministro de la Guerra y Marina.—Chihuahua o donde se halle.¹⁹